

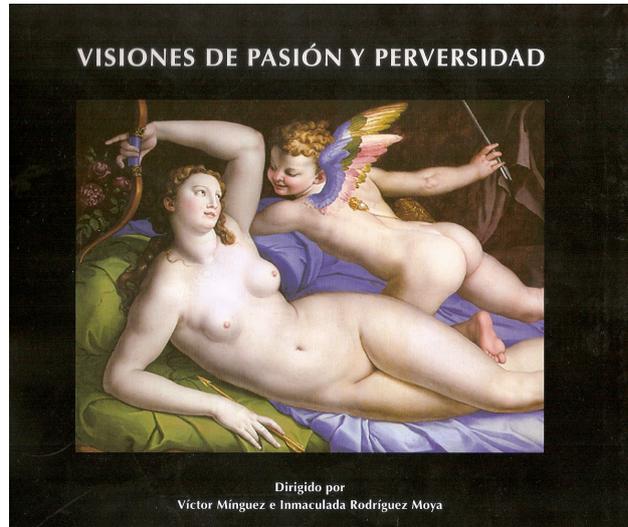
Comentarios bibliográficos

Visiones de pasión y perversidad

MÍNGUEZ, Víctor y RODRÍGUEZ MOYA, Inmaculada (dirs.)
Madrid, Fernando Villaverde Ediciones, 2014

El erotismo en las artes plásticas y la cultura visual de las edades Moderna y Contemporánea es el eje central que articula este magnífico libro. Como explican sus directores en el capítulo introductorio, la publicación «es fruto del *IV Simposio Internacional: Iconografía y forma. Visiones de pasión y perversidad*», donde se reflexionó y debatió sobre esas representaciones figurativas del amor, de la sexualidad y de la perversión desde el mundo antiguo hasta la contemporaneidad, y especialmente en su relación con el poder». Y de todo ello vemos desfilar por sus cerca de trescientas páginas, organizadas en quince heterogéneos capítulos, incluyendo la citada introducción, planteada como un ensayo sobre visiones contrapuestas de las representaciones eróticas, precisamente entre esas pasiones amorosas y esas perversiones racionales que tanto caracterizarán a lo pornográfico, entre el orden y la transgresión.

Así, ordenadas cronológicamente, se estudian las pinturas mitológicas del Real Colegio de España en Bolonia; las tres más destacadas colecciones aristocráticas de pintura erótica en el Madrid de la segunda mitad del XVII (las del marqués de Carpio, los almirantes de Castilla y el marqués de Castel Rodrigo); el tema iconográfico de la Venus desnuda de Botticelli a Goya; las sugerencias sensuales de los laberintos pintados y plantados desde Creta hasta Horta; las fastuosas fiestas galantes que organizó en Sicilia el IV duque de Uceda a finales del XVII, algunas de ellas como homenaje a su esposa; la iconografía amorosa del corazón, especialmente en las monarquías de la Edad Moderna; la combinación de la exaltación tanto del amor virtuoso como de los vicios carnales en el salón de baile rococó del Palazzo Comitini de Palermo; la iconografía bonapartista en torno al *Napoleón como Marte pacificador* de Canova; las subversivas estampas pornográficas en la Francia de Luis Felipe y del Segundo Imperio; la representación de las *femmes de brasserie* (las camareras de cervecería) en el París de la segunda mitad del XIX; los avatares de Ulises como metáfora de la pasión creadora en la obra de Picasso, Max



Beckmann y Philip Guston; las imágenes no siempre muy sutiles de los cuerpos femeninos comestibles en el mundo contemporáneo; la convivencia del *pathos* y el *thanatos* en las representaciones contemporáneas de la enfermedad, la tortura y la mujer (esta última en la órbita del arte feminista); y, por último, la unión del amor y la muerte (ahora el *thanatos* junto a su eterno *eros*) en las fotografías de Nobuyoshi Araki.

Es cierto que encontramos un predominio del amor y la pasión sobre las perversidades, pero estas irrumpen con fuerza sobre todo a partir de los inicios de la contemporaneidad. Mientras que durante la Edad Moderna predomina más la sugerencia y el erotismo más o menos velado, además de las exaltaciones del amor «legítimo», a partir del siglo XIX empezarán a tener mucha mayor cabida otras formas de manifestar la pulsión sexual, desde la pornografía (es decir, el triunfo de la genitalidad) hasta la antropofagia o la necrofilia. Los siglos XX y XXI sobrepasan a los demás en mostraciones de todo tipo de perversidades, pero tiene enorme interés constatar cómo el auténtico inicio de la pornografía, más allá del libertinaje dieciochesco, tuvo lugar precisamente en un

siglo XIX caracterizado por una moral oficial burguesa bastante rígida y puritana. Pero claro, el Ochocientos fue el siglo de la doble moral, y sus artes visuales supieron mostrar (de manera explícita y clandestina, pero también implícita y permitida, incluso estas últimas con una más profunda impudicia sugerida) las válvulas de escape ante las represiones. No en vano fue el muy católico y muy perverso Huysmans quien aseguró que «Las únicas personas verdaderamente indecentes son los castos», como bien se nos recuerda en dicho capítulo. Aunque esa frase también podría perfectamente haberla formulado Barbey d'Aurevilly, otro moralista pecaminoso (o pecador moralista).

El libro se caracteriza por su gran calidad de conjunto, pese a que su formato es el de una obra que permite a cada uno de los autores absoluta libertad dentro de los amplios límites temáticos propuestos. Abundan los libros colectivos excesivamente heterogéneos tanto en contenido como en calidad, repletos de altibajos, pero *Visiones de pasión y perversidad* es justamente lo contrario: todos los capítulos son excelentes, además de muy bien escritos, consiguiendo casi todos la ideal fusión de rigor y amenidad (algo que por desgracia no siempre se consigue en el mundo universitario). Los autores pertenecen al ámbito académico de la historia del arte en España (algunos de ellos ciertamente prestigiosos), aunque también se cuenta con una aportación italiana: además de los coordinadores, Álvaro Pascual Chenel, David García Cueto, Miguel Morán Turina, Juan Chiva Beltrán, Pablo González Tornel, Maximiliano Marafón Pecoraro, Miguel A. Castillo Oreja, Erika Bornay, Kosme de Barañano, Belén Ruiz Garrido, Rosalía Torrent y Luis Vives-Ferrándiz Sánchez. También son variadas las metodologías y enfoques, si bien hay un predominio de la iconografía, la iconología, la sociología y, en menor medida, de los estudios de género.

Esta enorme calidad media hace que resulte difícil destacar algunos capítulos sobre otros. Aun así, y respondiendo quizás a gustos particulares o a la originalidad de

algunos temas, me inclino a resaltar los dedicados al coleccionismo erótico madrileño, a las Venus, a los laberintos, a Napoleón, a las estampas pornográficas francesas, a las mujeres comestibles (el único estudio en el que además se incluyen ejemplos filmicos) y a Araki. Sin embargo, dicha calidad global no impide constatar que hay algunos capítulos (muy pocos) que tienen una relación demasiado tangencial con la temática del libro, como por ejemplo el de las pinturas boloñesas, por otro lado un magnífico y muy bien documentado estudio de ese programa decorativo, pero cuya presencia no está del todo justificada por la aparición en algunos frescos de la historia de Medea y Jasón. O que exista cierta confusión en el denso aunque sugerente estudio sobre lo pasional en Beckmann, Picasso y Guston, más que nada por la elección de la metáfora odiseica, además de por centrarse menos en la pasión amorosa, como en un primer momento podemos pensar tras los excursos iniciales sobre las etimologías y acepciones de pasión y perversidad.

Por último, debe resaltarse la magnífica edición de Fernando Villaverde, con papel de calidad, muy bien maquetado, profusa y excelsamente ilustrado en color, que da como resultado un libro atractivo en su forma y en su contenido. Como debe ser cuando de lo que se trata es de una obra sobre el erotismo. Ya desde su portada, que muestra la parte central del fascinante y no muy conocido *Venus, Cupido y sátiro* de Bronzino (un pintor que supo como ninguno producir ardor mediante la gelidez), *Visiones de pasión y perversidad* se nos ofrece como sugestivo objeto de deseo, anuncio de un goce sin límites y para todos los gustos... Un libro que solo nos pide que nos dejemos sumergir y arrastrar por los ambivalentes y tortuosos placeres de Venus, de Eros y, a veces, también de Tánatos.

Francisco García Gómez
Universidad de Málaga